

## La politicocracia

Alfredo Acle Tomasini©

La politicocracia es el gobierno de la clase política cuyos miembros usan a la democracia como coartada para hacerse y manipular el poder público de acuerdo a sus intereses. Así se nos presentan como su producto; su ascenso al poder es la comprobación más tangible de que hay democracia. Ellos la encarnan. Todo lo que hagan y digan será por y para la democracia. Noble e inspirador propósito. Ellos son la voz del pueblo. Aceptemos con fe ciega la sabiduría de sus decisiones y omisiones. Seamos benévolo con sus ocurrencias y travesuras, con su actuar lerdo y egoísta Aun los seres inmortales tienen algo de humanos.

La agenda nacional debe ajustarse a su particular agenda. Así el desahogo de los asuntos nacionales acontece al ritmo de su conveniencia, lo cual ocurre dentro cómodos y espaciados períodos legislativos. Pero eso no implica que deban asistir a todas sus sesiones, ni tampoco que sus eventuales faltas de asistencia afecten el monto de sus percepciones, generosamente sufragadas por el pueblo que dicen representar. Que entienda éste, que el oficio de político es de todo el día, a toda hora. Esa tarea infatigable lo hace merecedor de una justa recompensa.

Como producto de la democracia que son, es menester que los procesos electorales de los cuales ungidos resulten, se lleven a cabo con pulcritud. Para ello han decidido que se inviertan valiosos recursos en múltiples instancias que los certifiquen y, en su caso, que procuren la justicia y castiguen a quien viole las reglas. ¡Si señor!, que los representantes populares surjan de procesos escrupulosos donde prevalezca la voluntad del pueblo. No importa que después lo olviden y sea el favor de sus cúpulas partidistas lo que procuren con pasión, porque en esa búsqueda se juegan su futuro. Hoy diputados, mañana senadores después asambleístas, y más tarde quién sabe a dónde los lleve - claro está - el voto popular.

Y en este juego democrático y cristalino, ellos, nuestros representantes, han decidido reducir al mínimo la posibilidad de que los partidos pudieran mancharse con dinero sucio, por lo que cada año autorizan que se tomen recursos del presupuesto federal para su manutención, los que se distribuyen de acuerdo al número de representantes que tiene cada partido. Circunstancia que le dio a la exlíder del PRD una genial idea: contraer deudas (¿de amor?) para financiar la última campaña, bajo la premisa de que la fuente de pago sería, precisamente, el número adicional de diputados que lograría su partido debido a una mayor inversión publicitaria.

Vigilantes y celosos están todos los partidos de que nadie se pase de la raya. Que no se gaste en campañas más de los montos que ellos mismos han establecido. Cristalino entusiasmo por darle un buen uso al dinero del pueblo. Ojalá que esta voluntad no se limitara al proceso electoral sino al cotidiano desempeño de los representantes populares. Porque es frecuente preguntarse, si además gastar los recursos del pueblo para asegurar que no haya trampas, vale la pena mantener a 500 diputados y 96 senadores que en una buena parte no fueron elegidos por él. Más aún cuando se ve a un buen número de ellos, disfrutar sus cinco minutos de fama, violando en vivo y en cadena nacional, la ley que ellos mismos

aprobaron para normar la entrega del Informe Presidencial o mofarse de que trafican influencias para hacer negocios privados, porque nada se los prohíbe – ni la ética más elemental.

Pero el uso de recursos por parte de la clase política no se limita a los temas electorales sino que abarca, y quizá de una forma más peligrosa, los destinados a la obra y gasto público, porque es en estos rubros donde la ciudadanía es más vulnerable respecto a los caprichos y agendas personales de quienes eventualmente ocupan un cargo en algún poder ejecutivo.

No en vano en otros países está expresamente prohibido usar a la obra pública como elemento de campaña, porque se dieron cuenta que mientras el pueblo piensa en un futuro a mediano y largo plazo, el político sólo piensa en las siguientes elecciones. Y eso lleva al dispendio y a la irracionalidad; se hace lo que se ve, lo que dé votos y no lo que se necesite. Que esté bien alto para que todos lo vean; que alcance para muchos aunque sean migajas. A quién le importan los drenajes pestilentes, a quién le preocupan las deudas que se contraigan para el mañana, a quién le interesa que se resuelvan los problemas de fondo, a quién le importa, si para eso está la politicocracia.